

La crisis nos desnuda

Alfredo Acle Tomasini©

La crisis es muy joven todavía para poder predecir su alcance y duración. Sabemos que es profunda, porque en un lapso breve ha modificado el status quo; gobiernos, otrora defensores del mercado, optaron por hacerlo a un lado y endeudarse para respaldar su sistema bancario asumiendo roles de accionistas, acreedores o avales. Por otro lado, los acontecimientos actuales son inéditos porque la complejidad y circunstancias del mundo actual son muy distintas a las que prevalecían hace apenas veinte años, como es un sistema financiero más integrado, el peso de China en la economía y la unión monetaria de gran parte de Europa.

La dimensión relativa de la economía mexicana, aunada al hecho de que la crisis se originó allende nuestras fronteras, nos deja claro que la solución no está en nuestras manos y que dependeremos de lo que hagan las naciones más avanzadas. Reconozcamos que en este tren marchamos en calidad de pasajeros, por lo que habrá de aguantar los jalones y asumir que otros tienen en sus manos los controles que definen la velocidad y la suavidad de marcha. Por lo pronto, lo que podemos predecir es que todo irá más despacio.

Pero la culpa ajena no elimina las flaquezas propias, y más todavía cuando la crisis nos ha desnudado. Ciertamente nuestra posición es más sólida hoy que en el pasado, dado que las principales variables macroeconómicas están en rangos aceptables, lo cual nos da margen de maniobra. Sin embargo, no podemos ignorar que este logro no ha sido suficiente para resolver asignaturas que hemos podido dejar pendientes porque las circunstancias, hasta ahora, nos habían favorecido.

Basta recordar que 30% de la recaudación proviene de una sola industria; que la emigración nos ha dado una doble ventaja al ahorrarnos la inversión para crear empleos y a la vez recibir y esparcir a lo largo del territorio, los ingresos de quienes emigraron; y que en términos per capita, la economía ha tenido un crecimiento magro desde el 2000. Así, el diez en conducta no garantiza aprobar en aplicación.

Que la economía mundial, y especialmente la estadounidense, no crezca o lo haga a tasas muy bajas, significa menores ingresos de divisas derivados de exportaciones de mercancías y servicios, incluyendo el petróleo que, adicionalmente, venderemos más barato; habrá menos recursos para los gobiernos estatales, muchos de los cuales contrajeron deuda al amparo de un supuesto reparto futuro de excedentes petroleros; las remesas serán más bajas y muy probablemente, al no estar cubiertos por la seguridad social de Estados Unidos y si estarlo por sus familias en México, regresen varios miles de paisanos, lo que para efectos prácticos significará más brazos en busca de empleo y más bocas que alimentar; las finanzas públicas resentirán ingresos petroleros más bajos y la inevitable caída de la actividad económica nacional.

A esto hay que añadir que la reforma petrolera dejó al erario federal como la única fuente para financiar la modernización y expansión de esta industria. Reto que se magnifica en la medida que hay menores cantidades para exportar y precios más bajos.

Desde luego que las variables macroeconómicas como los déficits público y en cuenta corriente habrán de resentirse. Aunque se señala que existen recursos para nivelar cualquier desajuste. Pero, seríamos miopes si pensamos que éste será nuestro mayor problema, cuando lo que deberíamos analizar con profundidad son las implicaciones sociales y políticas que tendrá la crisis, dados los rezagos que, de alguna manera, han servido de abono para la proliferación del narcotráfico, el ambulante, la prostitución y la inseguridad en todas sus expresiones. Igualmente pecaríamos de omisos, si no advertimos que las problemáticas económica y social se entrelazan en dinámicas perversas que no son fáciles de corregir.

Quizá todavía no lo advirtamos, pero cada vez será más urgente la necesidad de replantear a fondo como financiar el desarrollo del país para los próximos cinco años, y donde de manera integral debamos revisar deuda, ingreso y gasto público. Así como la mejor forma de distribuir la carga fiscal entre la población, y entre las generaciones presente y futuras.

Pretender continuar con un ingreso y gasto público tan bajos con relación al PIB es como no atreverse a manejar un auto más rápido por temor a cambiar de velocidad. Pretender que las reformas son las que acuerda la clase política y no las que necesita el país, es evadir la realidad, aunque ésta nos encuere.